

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. El fruto del trabajo.—II. Las espigas.—III. El hombre.—IV. A la novia.—V. Quien siembra coje.—VI. El niño perdido.—VII. El gran capitán.—VIII. Plegaria.—IX. Colin.—X. Rimas.—XI. La incubación artificial.—XII. ¡Cervantes! ¡Camoens!—XIII. Crónica.—XIV. Solución a la charada del número anterior, charada y advertencia.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunción de niños a precios convencionales.

EL FRUTO DEL TRABAJO

¡Cuán verdad es que todo trabajo tiene su recompensa!

La ley general que rige todos los fenómenos naturales, demuestra de una manera irrecusable, que todo acto tiene su consecuencia, todo efecto, su causa.

Si así no fuera, no existiría la lógica, que es la correlación armónica que enlaza entre sí todas y cada una de las funciones que desempeñan los seres, tanto materiales como morales.

Por eso el trabajo da su fruto en consonancia con los medios y fines que le impulsaron.

El labrador cultiva la tierra, y cuanto más se afana, cuanto más se desvive por laborarla, tanto más ópima y excelente es la cosecha que obtiene.

Todo está relacionado en este mundo, hasta lo más insignificante.

La juventud, en los primeros albores, tiene que prepararse para poder atravesar dignamente el sendero de la vida.

El libro es el maestro, el guía, el báculo que en sus manos se pone para que poco a poco vaya embebiéndose en esas ideas fundamentales en que estriban las letras y las ciencias, la moral y la religión, que son la síntesis del cuerpo y del espíritu.

Duro, árido es en sus principios este libro, pero la constancia, el sufrimiento, el trabajo incesante, lograrán por completo dominar su doctrina, y hasta juzgarla.

Una vez hecho esto, nada resta que aprender en sus páginas; las lecciones sucesivas que se reciben en la vida, se deben al trato social, a la práctica, a la experiencia, a las circunstancias más ó menos favorables ó adversas en que se encuentra el individuo.

Debe pues la juventud estudiar con ahínco, porque el tiempo es corto y estudiar es vivir, puesto que es aprender lo que es la vida con sus dolores y placeres, con sus tribulaciones y sus engaños.

Y debe estudiar por deber, porque lo es y grande, proporcionarse medios de subsistencia.

La pródiga y sabia naturaleza, mientras estamos en ese período en que no nos podemos valer a causa de nuestras débiles fuerzas, nos da una madre que nos amamanta, un padre que vela por nuestra seguridad, y una cuna que sirve de lecho a nuestros tiernos miembros.

Pero una vez llegados a la edad de la razón, cuando podemos solos hacer uso de nuestras facultades, esa misma madre nos inculca principios que debemos grabar en el alma, ese mismo padre nos enseña a estudiar en el gran libro de la vida, y esa misma cuna, vacía ya, nos profetiza que un día, no lejano, el pater-

no hogar quedará también vacío, y estaremos en el mundo solos y a impulsos del huracán, como la palmera del desierto.

Antes de que éste último trance llegue a verificarse, preciso es que nos acostumbremos a vivir para nosotros mismos.

Es pues un deber, y grande, el estudiar durante la juventud.

Y no se crea que este trabajo es perdido; nada de eso, siempre tiene sus resultados.

Ved esa pléyade de jóvenes que precisamente en los días del mes que atravesamos, sale en grupos de los Colegios, Institutos y Universidades.

Unos están tristes, macilentos y llorosos; otros alegres y satisfechos.

Es que acaban de recibir el premio de sus afanes.

Cada cual ha obtenido su merecido.

El trabajo que emplearon durante el curso, acaba de producir sus frutos: dulce y agradable para unos, amargo y desconsolador para los otros.

Aquellos que durante los meses de curso asistían asiduamente a las cátedras, oían con profundo silencio y aprovechamiento las explicaciones de sus profesores, estudiaban después en los libros los principios científicos y repasaban más tarde lo que ya aprendido habían, tenían, por rigurosa justicia, que salir triunfantes en su empresa, obteniendo en los exámenes el digno premio a su loable conducta.

Los que siempre dejaban para mañana el estudio de las lecciones, faltaban frecuentemente a las clases por irse a pasear ó a otras cosas peores, estaban distraídos é inquietos las pocas veces que asistían, solo se ocupaban en juegos y pasatiempos, y nunca se acordaban de que alguna vez tenía que llegar el *dies iræ*, por esa ley lógica de las compensaciones, habían de llevar necesariamente el castigo de su culpa.

Y es que cada trabajo da su fruto; bueno para unos, malo para otros; pero siempre loda. ¡Oh! No saben los indolentes los graves perjuicios que se acarrearán con su apatía.

No saben, no es posible que sepan, las espigas que encierra la vida, ni el modo de sus traerse a ellas.

No saben, ni pueden saber, que la sociedad desprecia al hombre que por su propia voluntad se encuentra sumido en la ignorancia.

Porque la sociedad conoce que ese hombre ha pecado contra sí mismo, que se ha apartado de su camino, que camina a ciegas por su culpa, que es un ser inútil y peligroso, con el que hay que estar prevenido en todos los instantes para que no cometa un atentado contra ella, como lo hizo contra sí.

Y esto es la consecuencia lógica, recta, justa, inalienable de la conducta del holgazán.

Porque «a todo ser se le conoce por sus obras, y al árbol por sus frutos.»

En cambio, el que es estudioso y aplicado, cumple con la obligación natural que tiene de serlo, halla más florida la senda que ha de recorrer en su existencia, y es distinguido y apreciado en la sociedad.

Hay, sin embargo, una espina que punza continuamente en el corazón de los desgraciados: el creer que de nada sirve el trabajo de algunos, puesto que precisamente los aplicados y laboriosos son, en su mayor parte, los que peor puesto ocupan en el mundo y más desgracias y dolores padecen, en tanto que muchos apáticos é indolentes son ricos por su nacimiento, ó alcanzan altos puestos por sus intrigas.

Es verdad, sucede así; pero no hay que atribuir a una causa el efecto que nace de otra distinta.

Esto proviene del eterno problema de la imperfección humana. Sólo Dios es perfecto lo demás no puede serlo.

El mundo tiene que abrigar miserias, porque en él habita el hombre; si se trata de averiguar la causa, búsquese en los primeros días de la Creación, en el pecado de Adán;

Atribuirle otro origen, equivaldría a negar la justicia del Eterno, y esto no puede hacerlo un espíritu sensato.

Si precisamente los hombres más sabios, más estudiosos y trabajadores sufren horribles privaciones, es porque Dios los prueba y sus designios son inexcusables.

Si el holgazán disfruta de las delicias de la vida, no por eso deja el desgraciado de tener la obligación de cumplir su destino en el mundo.

Y aparte de que son decretos del Altísimo, cuyos fines no nos es dado penetrar, si el holgazán no trabaja, comete un crimen, y no ha de cometer otro el laborioso, porque un crimen no justifica otro.

En cualquier condición en que el hombre se encuentre, siempre obtendrá el fruto de su trabajo, porque es ley de la Naturaleza.

Tarde ó temprano llega el premio y no se hace esperar el castigo.

Es preciso que los jóvenes tengan esto presente para saber a qué atenerse en su modo de obrar.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LAS ESPIGAS

La espiga rica en fruto
se inclina a tierra;
la que no tiene grano
se empina tiesa.
Es en su porte
modesto el hombre sabio
y altivo el zote.

J. E. HARTZENBUSCH

EL HOMBRE

Dos cosas estamos obligados á tener presentes, en tanto formamos parte del planeta habitado.

La importancia del desarrollo físico, la educacion moral y científica.

Nada debo decir de la edad primera, sino recordar á los niños, á quienes esta Revista se consagra, lo que vale, lo que importa, lo que significa el celo siempre excesivo, el sufrimiento jamás suficientemente ponderado de los padres para sacar á salvo la existencia del hijo. ora prodigándole todo género de atenciones y caricias, ora sacrificando el fruto de todos sus afanes para preservarle de los padecimientos naturales de nuestro cuerpo, ora extinguiendo un caudal de dinero, de comodidad y de paciencia para cimentar su educacion.

¡Oh, niños queridos! no relegueis jamás al olvido los sacrificios, los sinsabores, las torturas que experimentaron vuestros padres hasta que vuestra inteligencia adquirió su desarrollo; no dejéis de invocarles en vuestros conflictos, seguros de que en su consejo, tendreis el más desinteresado protector; maestro que paga y no cobra, que llora y se alegra con vosotros, que todo, en fin, le consagra á vuestro bienestar.

Y dejando aparte las consideraciones que todos lleváis escritas en el corazon y en la conciencia, escuchad:

Para formarse el hombre, pero el hombre racional, inteligente, empiezan por llevaros vuestros padres en temprana edad al colegio, y desde los primeros momentos se dibuja ya la capacidad y las condiciones morales de cada uno.

El niño que desatiende las lecciones de su maestro, revela poca dignidad, poco amor propio, desde que se acomoda á sufrir cualquiera correccion, cualquier castigo delante de sus compañeros; ese niño llegará, más tarde, á ser negligente y torpe en sus costumbres, labrando con esta conducta su propio infortunio.

El niño que señala las paredes con carboncillo, cosa que al parecer es sencilla y tolerable, da á entender, cuando ménos, que es poco aseado, y puede, despues con igual cinismo, manchar la honra de su semejante.

El que maltrata á los pajarillos inocentes, destruye los nidos en donde se albergan los polluelos, denota un alto grado de perversion y un alma insensible á los sentimientos sacrosantos de la caridad: ese niño puede muy bien, andando el tiempo, presenciar impasible los estragos de una epidemia cruenta, la agonía de los seres que le son más queridos.

El que, asociado con los compañeros, se presta, siquiera sea por burla ó pasatiempo, á tomar de los alumnos nuevos, que distinguen en varios colegios con el apelativo de *Apóstoles*, los dulces ó las frutas que en días festivos les envían sus padres ó apoderados, lleva muchísimo andado para aficionarse á lo ajeno, constituir el peligroso vicio que condena el sétimo precepto del Decálogo: y el que por costumbre le infringe, se coloca voluntariamente bajo la accion de las leyes que le castigan.

Fumar temprano y dejarse dominar por otros apetitos, es minar la propia naturaleza; y gran pecado comete el que desatiende la propia conservacion y olvida las virtudes.

El niño irascible engendra en su alma los malos instintos, y, en momentos ciegos, puede llegar á ser criminal.

Los que desobedecen las disposiciones ó rechazan los consejos de sus padres ó maestros, conculcarán, en su edad madura, las leyes del país, y el que no tiene civismo, el que

no respeta las leyes, es repudiado por la sociedad.

Así empieza á formarse el hombre: si estudia y adquiere hábitos de docilidad y mansedumbre, tendrá fácil desarrollo, será hombre de provecho, será buen esposo, buen padre y buen ciudadano; pasará su vida feliz, se hará respetar y será rico; si desoye la voz del buen consejo, si se hace descuidado y vicioso, su constitucion será raquítica, no tendrá paz en su hogar, educará mal á sus hijos, será desgraciado y morirá vilipendiado y pobre.

¡El hombre!

Pozo sin suelo, profundo, infinito: arcano incomprensible, tesoro inmenso del bien, si al bien se consagra: fatalidad monstruosa si del bien se aparta.

¡El hombre! ¡Quién define bien á ese sér preferente de la creacion!

Si las conciencias fueran transparentes como el terso disco de un cristal; si se pudiera leer en su alma, ó habria necesidad de convenir en sus imperfecciones, ó tendríamos que confesar que no habria deslealtades.

Trasluciéndose la voluntad, sabríamos quién de los hombres era falso, hipócrita, y la propaganda de la fé cristiana seria más eficaz: los juramentos serian perfectamente ociosos; no habria engaño en la sociedad conyugal, y todo seria amor, pero amor puro, sincero, casi virginal; ni presenciáramos la monstruosa deslealtad que algunos hijos tienen para con sus padres, ni los castigos más ó ménos enérgicos que el padre propina al hijo; la estadística criminal reduciría sus páginas casi á cero, porque si las intenciones se reflejaran, unas veces se esquivaría el peligro y otras no se intentaría el mal hecho, por el temor de ser clara y necesariamente conocido: no se concebirían ni la traicion ni la mentira.

El hombre seria casi seráfico.

Pero como no pueden penetrarse las intenciones, hay que juzgar al hombre por los hechos, y de aquí la necesidad de educarse con esmero.

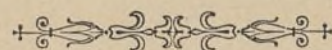
El hombre bien educado es ménos vicioso; el hombre instruido, se aparta fácilmente de los peligros de la vida.

La educacion moraliza: las buenas costumbres facilitan el desarrollo físico.

El hombre que se desvia de la razon y se deja dominar por las pasiones, debilita su naturaleza, apaga lentamente su vida: se convierte inconscientemente en su propio verdugo.

Sed, pues, educados é instruidos, y llenareis vuestro deber en la tierra.

VICENTE D. BORDANOVA



A LA NOVIA

Para premiar tu amor y tus virtudes, por fin quiere la sabia Providencia que atraveses al lado de tu madre el día más feliz de tu existencia.

¡Cuántas veces las dos habreis llorado al ver aproximarse el fausto día! ¿verdad que élla lloraba de tristeza, mientras que tú, llorabas de alegría?

¡Su bendicion y la de Dios, unidas, prestan á tu alma sin igual consuelo; una te falta aún; la de tu padre, y ése te dá la suya desde el cielo!

¡El nuevo estado que desde hoy abrazas, abre el segundo libro de tu historia, y hace más escabroso ese sendero que te ha de conducir hasta la gloria!

¡Ayer, al enseñártelas tu madre, plegárias sin sentido repetías, y ántes de concluir las, sonriendo, en sus amantes brazos te dormías!

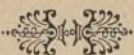
¡Ya pasó aquella edad dulce y dichosa; hoy de tus lábios rojos y serenos se eleva al cielo la oracion ferviente, y rezas mucho más... rezando ménos!

¡Si por desgracia tuya, oír no puedes los amantes consejos de tu padre, imita en todo á la que el sér te ha dado, para ser buena esposa y buena madre!

¡Empieza hoy á vivir; que si la suerte tus ojos empañar quiere algún día, el sér que va á ser alma de tu alma trocará tu pesar en alegría!

¡Y ojalá termineis vuestra existencia llevando de la vida en la corriente la paz y la virtud en vuestro pecho, la bendicion de Dios en vuestra frente!

MARIANO DE LARRA



QUIEN SIEMBRA COJE

Era una espléndida mañana del delicioso mes en que las flores abren su perfumada corola; en que el pájaro, dejando la reducida cárcel que le formó, sale á buscar con la luz la vida, piando alegremente; en que los campos se cubren de blanda alfombra; en que el monte reverdece; el sol envía á la tierra más deslumbrante fulgor; el cielo se viste con sus mejores galas; la naturaleza toda se anima recibiendo nueva vida, y el ánimo se ensancha y admira por instinto, y el alma, extasiada ante cuadro tan magnífico, canta sin saberlo.

Una mañana, en fin, de Mayo, de serena atmósfera, de embriagador ambiente, de radiante cielo y vivificante sol. En tan encantadora mañana, y en el frondoso jardín de un suntuoso palacio de la calle de Fuencarral, vamos á encontrar entre las variadas y preciosas flores que el jardín embellecían, una mil veces más linda, aún más deliciosa, de más puros colores y delicado aroma; era una preciosa niña de trece años que, sola y alegre, corría de calle en calle, cogiendo aquí una flor, rozando allí otra con sus lábios de grana, y lanzando exclamaciones de asombro ante las más bellas, sin atreverse á tocarlas, contentándose con mirirlas extasiada, uniendo sus blancas manos en señal de admiracion, lo que probaba que su alma delicada tenia ya en tan tierna edad la conciencia de lo bello y sabia admirar las sublimes obras del gran Autor de la creacion.

Aquella niña era el tipo más hechicero que la imaginacion puede figurarse; alta y bien formada, si bien en proporcion á su edad; de blanca y rosada tez; de ancha y serena frente; de ojos de cielo, dulces y expresivos; de boca de grana, juguetona y sonriente, amenudo entreabierto por alegre risa; de redonda partida barba, esbelto talle, aire elegante y bondadosa expresion; parecia uno de los divinos ángeles que rodean el trono del Señor, de su celeste lugar desprendido y trasportado á este mundo de miserias para hacer el bien y repartir sus gracias. Colocada como estaba en un cuadro de las flores más raras y seductoras, no las flores atraían como un imán la mirada, sino la rubia niña de celestial sonrisa.

Tras de un instante de profundo éxtasis y muda contemplacion, corrió de nuevo por el jardín, cantando alegremente y buscando más flores con que aumentar su ramo; pero de pronto, la voz se ahogó en su garganta. su mirada se fijó en la verja que el jardín circueja, y extraña sombra de pesar cubrió su gracioso rostro. ¿Qué miraba que su ánimo entristecía? Al otro lado de la verja se veía un muchacho que podía tener quince años, pálido, demacrado y vacilante, que andaba con trabajo, como si las fuerzas le faltaran, y en cuyo bello, aunque descompuesto semblante, se veían tan claro las huellas de la miseria, como claras muestras se notaban en toda su persona de distincion y finura.

La niña sintió oprimirse su corazon á la vista de aquella melancólica figura, y su mirada la siguió con insistencia, dudando lo que debería hacer. Vaciló un momento, y obedeciendo, al fin, al generoso impulso de su corazon, se lanzó á la verja; pero el muchacho habia ya pasado, y aunque lo llamó en voz alta, dobló la esquina inmediata sin oírla.

Nublóse la blanca frente de la dulce niña, se humedecieron sus ojos, se inclinó su cabeza, y reflejó su rostro la más triste preocupación.

—¡Pobre niña!—murmuró;—¡he llegado tarde y acaso no coma hoy!—Todo en él revelaba la miseria más horrible. ¿Cómo hacer para encontrarle?

Su fisonomía había tomado una expresión de gravedad que parecía imposible en ella un instante antes. Meditó profundamente, y no encontrando sin duda el medio que buscaba, añadió:

—¡Bach! Tal vez le encuentre cuando menos lo piense y entonces le socorreré.

Tranquila con esta idea volvió la sonrisa á sus labios y la animación á su rostro como rayo de sol que rompe los celajes, un instante interceptores de su disco refulgente; y variando de tono con la volubilidad propia de la infancia, volvió á cantar gozosa y se alejó ligera hasta perderse en el umbral de su elegante morada.

Breves momentos después volvía á salir con un libro de misa en la mano y acompañada por una joven inglesa, encargada de su educación; atravesaron el jardín y la puerta de la verja, abierta por un criado, y una vez en la calle, tomaron la dirección de la iglesia de San Ildefonso.

En dicha iglesia oyeron ambas misa con la mayor devoción. Quizá la angelical niña rogara á Dios por el infeliz que en tan alto grado había excitado su compasión, sin sospechar que al salir la aguardaba una grata sorpresa, tal vez preparada por el Dios, á quien imploraba, para que ejercitara sus buenos sentimientos.

A la salida levantó la niña con la mayor cortesía la cortina de la puerta para que pasara su institutriz, al par que buscaba con la mirada á los pobres que socorría diariamente, y una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios, que se entreabieron con sonrisa de satisfacción; acababa de ver al pálido muchacho en la puerta exterior con la gorra en la mano en actitud de pedir; pero sin pronunciar una palabra; sin duda pensaba que su rostro expresaba más que cuanto pudiera él decir.

La niña dió su acostumbrada limosna á cada pobre, y al llegar al muchacho se paró frente á él; las hermosas pupilas de ambos se encontraron; las unas imploraban, las otras ofrecían; contempló un instante aquel enflaquecido rostro que tan bellos rasgos conservaba, y depositó en la blanca mano que el chico alargaba cuanto dinero quedaba en su bolsillo. El agraciado lanzó un grito de alegría al ver brillar la plata en su mano, y besando las monedas con transporte, exclamó con acento conmovido y armoniosa voz:

—Dios os bendiga, señorita.

Siguió la niña su camino hondamente impresionada y sin poder apartar de su pensamiento la imagen de aquel infeliz.

Al día siguiente se repitió la misma escena, y durante una semana el bello ángel socorría á su protegido, sin que entre ellos se cruzaran más palabras que las de ardiente gratitud del pobre chico.

Todos los días se decía la niña al entrar:

—Hoy he de averiguar quién es, cómo se llama, si tiene familia y qué podemos hacer por él. ¡Oh! sí, porque este desgraciado no es un mendigo de oficio; se le ve sufrir al extender su mano.

Pero cuando se encontraba enfrente de él, la mirada agradecida de aquellos negros ojos la turbaba, su simpática voz la conmovía, y se iba sin preguntar nada.

Al fin, un día fué el muchacho el que rompió el hielo.

—Señorita,—le dijo,—es Vd. el ángel de mi familia, é imploro de su bondad un favor.

—¿Cuál?

—Que me diga su nombre para bendecirle á todas horas.

La joven institutriz se apresuró á decir:

—Se llama la vizconde....

—No,—interrumpió la niña con viveza;—Laura de Carvajal es mi nombre; llámame así, amigo mío.

—¡Oh! gracias, gracias, señorita,—exclamó el chico.—Mi corazón guardará ese nombre eternamente, y mis labios lo bendecirán toda la vida.

—Y tú, ¿cómo te llamas?—preguntó la niña.—¿Tienes padres, ó eres huérfano?

—Tengo padres, que eran ricos propietarios de la Mancha; vivíamos en la abundancia; pero un cúmulo de inesperadas desgracias nos ha traído á esta situación; el pesar ha agotado la salud de mi padre, mi madre lo asiste sin fuerzas para nada, y yo, que he reunido la energía de todos, no encontrando trabajo, salgo á buscar pan para mis padres, cumpliendo un deber tan doloroso como sagrado.

—¿Qué desgracia tan horrible!—murmuró Laura, con los ojos humedecidos.—¡Pronto, pobre niño, tu nombre y las señas de tu casa!

—Miguel Nuñez. Vivimos en la calle del Barco, número.... bohardilla núm. 1.

—No lo olvidaré. Adios, Miguel, hasta muy pronto.

—¡Oh! señorita, presiento que va Vd. á ser el ángel salvador de mi familia.

—Lo procuraré al menos.

La niña dejó á Miguel confundido en protestas de agradecimiento, y cuando estuvieron en la calle:

—¿Por qué me has interrumpido al expresar tu título?—la preguntó su aya.

—¡Ah! señora,—repuso Laura; me parece propio del necio orgullo hacer alarde de grandeza y pomposos títulos delante de la desgracia. Instintivamente le he dado mi nombre, y si ese pobre niño me bendice, quiero mejor que bendiga á Laura que á la vizcondesa de Malvar.

—Es un sentimiento delicado que no puedo menos de aplaudirte. Los títulos de grandeza deben brillar en el mundo de la opulencia; ante la desgracia, es más humilde el cristiano nombre que se recibió en la pila. ¡Bien, hija mía, tu buen instinto adivina antes de enseñarte!

En la tarde de aquel día un lujoso coche se paraba en la calle del Barco, y de él bajaban nuestra linda niña y una elegante señora de pelo gris, distinguido porte y regular edad. Era la madre de Laura, la condesa de Malvar. Como hija única, Laura era el ídolo de sus padres, y apenas enteró á su madre de la historia de su protegido, esta se apresuró á complacerla, al par que cumplía los deseos de su corazón yendo á socorrer á aquellos desgraciados.

En la triste bohardilla que servía de albergue á la pobre familia, se veía al padre de Miguel devorado en mísero lecho por la ardiente fiebre que minaba lentamente su existencia. Su esposa, sentada á su lado, lo contemplaba con dolor, y Miguel se paseaba con nerviosa viveza, tratando de ocultar su pena y ahogando en su garganta los sollozos.

—Miguel, hijo mío,—decía la madre;—si no fuera por tí ya no existiríamos; yo no tengo fuerzas ni áun para implorar una limosna. Mi débil naturaleza se dobla ante los rudos golpes del infortunio, y no puedo defenderos ni luchar con la desgracia. Por tí tenemos pan, gracias á tí vivimos.

—No,—repuso el niño con presteza;—gracias á mí no; gracias á un ángel, que sin duda ha hecho Dios descender del cielo para socorrernos, y que, si no me engaño, nos ha de salvar de la miseria.

—Tales son sus intenciones, á pesar de que ese ángel no tiene nada de divino,—exclamó Laura presentándose de repente á la atribulada familia, seguida de su madre.

Miguel lanzó una exclamación de alegría, y añadió enseguida dirigiéndose á su madre:

—Hé aquí el ángel que yo esperaba; ángel es por todos estilos, y ya podemos tener esperanza, que viene á cumplir su misión sublime.

La infeliz señora, no siendo dueña de contener los impulsos de su corazón, estrechó á la noble niña entre sus brazos con ardientes transportes de ternura y cubrió de besos y de lágrimas su hechicero rostro.

El enfermo se animó, y tuvo lugar una tiernísima escena entre aquellos tres desdichados seres y sus generosas protectoras. Pasados los primeros momentos de emoción, las enteraron de los tristes sucesos que los habían llevado á aquella situación, cuyo sencillo relato haremos en dos palabras.

Como su hijo había dicho, era Nuñez un propietario de la Mancha, de bastante regular fortuna; repetidos malos años en las cosechas, le hicieron perder considerables cantidades. A esta contrariedad, siguió la de un pleito que hubo de sostener contra un pariente ambicioso que reclamaba sus mejores posesiones. Según la opinión general, el tal pariente no tema

ningun derecho á lo que solicitaba, por haberlo Nuñez heredado legítimamente; pero sacó documentos antiguos, y como era muy rico, ganó el pleito después de algunos años en que ámbos gastaron una fortuna.

El desgraciado padre tuvo que reducirse con su mujer y su hijo á vivir muy modestamente con lo poco que le restaba de su capital; pero estaba escrito que habían de llegar á carecer de todo, y lo que ha de ser, es sin remedio.

Antes de perder su largo pleito y cuando no creía posible que esto sucediera, había sacado Nuñez de un grave compromiso á un amigo íntimo á quien quería como á un hermano, respondiendo por él con sus bienes. Murió después su amigo sin pagar, y el desventurado se vió obligado á vender lo que le restaba para pagar la crecida suma que se había obligado á satisfacer. ¿Qué más hemos de decir? Agobiado ya por su mala suerte, se trasladó á Madrid con su familia, á fin de buscar una colocación, fiado en sus buenas relaciones. En la corte obtuvo muchas esperanzas y ninguna realidad; gastó cuanto le quedaba de su pasada prosperidad, perdió la salud y llegó al extremo de la más horrible miseria.

La condesa oyó vivamente impresionada la triste historia, y al marcharse, dijo con acento conmovido.

—Juro á ustedes hacer cuanto pueda por proporcionarles un destino que baste á satisfacer sus necesidades.

—Sí,—exclamó la niña,—papá es amigo de un Ministro y yo no le dejaré parar hasta que obtenga un buen empleo para usted. Ea, Miguel, enjuga tus ojos y alégrate, que pronto saldrás de esta angustiosa situación.

—¡Mi querida niña! ¿cuándo podré yo pagar los beneficios que recibo de esta mano encantadora?

Al hablar así había caído de rodillas ante su ángel bueno, y besaba electrizado sus manos.

—Desde ahora mismo puedes empezar á pagarlos, repuso la niña, riendo.

—¿Y cómo?

—Queréndome mucho.

—Más que lo hago, no puede ser.

—Pues bien; así, que yo también te quiero de veras.

La condesa interrumpió el infantil entusiasmo de los dos niños, porque era tarde, y salió dejando una onza sobre la mesa, seguida de las bendiciones de aquellos tres agradecidos corazones.

Al día siguiente, un médico se presentó en la bohardilla, de orden de la condesa, y desde aquel momento asistió con el mayor esmero al enfermo, que fué recobrando poco á poco las fuerzas y la salud, merced á sus cuidados, y aún más, á la esperanza que animaba su espíritu y le daba nueva vida.

Entre tanto, Laura y su madre no se descuidaban.

Cumpliendo pronto y bien su promesa, de la bohardilla de sus protegidos, se fueron directamente á su casa y al despacho del conde, donde éste se encontraba trabajando.

—Papá,—dijo la niña entrando resueltamente,—venimos á pedirte unos instantes de audiencia.

—Dí más bien, Laura mía, que venís á proporcionarme unos instantes de placer,—repuso cariñosamente el conde;—vuestra presencia es mi mayor encanto.

—¡Oh! ¡qué bueno eres!—exclamó abrazándole con ternura.—Nuestro pleito está ganado de antemano, madre mía.

—¿Qué me queréis, en fin?

—Juan, oye antes una pregunta,—dijo la condesa sentándose en un sillón.—Si encontraras en un campo desierto á un hombre de limitadas fuerzas que luchaba brazo á brazo con un atleta de colosales formas, y vieras que, vencido el hombre tras rudo combate, demandaba tu auxilio con voz desgarradora, cuando agotado su vigor se arrastraba á los pies del monstruo, próximo á recibir el golpe mortal, ¿qué harías?

—¡Extraña pregunta, á fé! ¿Y puedes tú dudar? Me pondría resueltamente al lado del más débil, le tendería mi mano para levantarlo, le ayudaría á combatir y quizá á vencer.

—Pues demandando tu auxilio para un caso idéntico, segura ya de que no lo has de negar. En el desierto campo de la desgracia, he encontrado un hombre sin fuerzas ya para luchar con el atleta del infortunio, que vencido á sus pies y próximo á sucumbir, te pide

le tiendas una mano protectora. Ayúdale y vencerá su adversa suerte, y salvarás a un padre de familia.

—¡Siempre poética y compasiva,—repuso el conde sonriendo.—Concretémos, amiga mía, y sepamos de qué se trata.

—De un infeliz, perfecto modelo de honradez y de virtud, que por desgracias irremediables ha venido a caer de los esplendores de la riqueza al abismo de la miseria en que se agita con su esposa y su hijo. Ha buscado con afán un destino para atender a la subsistencia de tan queridos seres; no encontrándolo ha tenido que vivir de la caridad pública, y yo...

—Y nosotras,—añadió Laura,—le hemos ofrecido tu protección y tu influencia para conseguir la deseada colocación, que los ha de poner al abrigo de la miseria. Como eres tan bueno y te gusta tanto hacer el bien y amparar al desgraciado, no hemos dudado un momento que te unirías a nosotras para tan caritativa obra.

—Pero vosotras olvidáis, hija mía, que yo no soy ministro.

—Sé que lo es uno de tus amigos y que tienes valiosas relaciones que puedes utilizar. Estás cogido, y no tienes escape.

—Pero antes de salir yo garante por una persona que no conozco, decidme: ¿por qué no trabaja ese hombre para mantener a su familia? En una obra o en un taller podría haber ganado el pan de cada día.

—Imposible, amigo mío,—repuso la condesa.—Su hijo en misero lecho lo hemos encontrado devorado por terrible fiebre, estenuado y próximo a sucumbir; su esposa no está mucho mejor, y el niño salía a traerles el pan de la caridad.

—Siendo así, no tengo nada que oponer. Ya sabéis cuánto gozo en asociarme a vuestras buenas obras. Haré cuanto pueda por cumplir vuestra promesa, y mañana veré al ministro.

—¡Oh! gracias, gracias en nombre de ellos,—exclamó su esposa con entusiasmo.

—La niña premió el noble proceder de su padre llenándole de caricias y de besos.

Desde aquel día no pasó uno solo sin que la noble familia hablara de sus protegidos.

—¿Cómo va nuestro asunto?—preguntaba Laura todos los días a su padre cuando estaban en la mesa.

—Nada sé de nuevo. Hablé al ministro con gran empeño, me ofreció colocarlo a la primera ocasión, y aún no ha resultado nada.

—Por Dios, no lo dejes de la mano, recuérdaselo a menudo, que esos señores tienen poca memoria por sus muchos negocios; que vea en ti verdadero interés, y lo conseguiremos.

Esta conversación se repetía diariamente. Si el conde quería besar la blanca frente de su hija, la niña huía ligera diciendo con alegre risa:

—No; cuando me entregues la credencial de Nuñez te los daré todos juntos.

Si le pedía le hiciera oír una de las piezas nuevas que tan magistralmente tocaba al piano, respondía Laura:

—La guardo para el día que podamos decir a nuestros protegidos que ya no necesitan el óbolo de la caridad.

De esta manera hacia la angelical niña que el recuerdo fuera constante. Al fin tantos amenes llegaron al cielo, y el conde recibió la anhelada credencial, colocando a Nuñez con diez mil reales en Mallorca; el punto no hacia al caso, lo importante era que tuviera destino, y la condesa y su hija, llenas de satisfacción, fueron a llevar el precioso documento al interesado.

(Se continuará.)

ADELA SANCHEZ CANTOS

EL NIÑO PERDIDO

BALADA

—¿Viste, Belisa, por las montañas,
bajar al hijo de mis entrañas,
ó penetrando por los confines
de estas florestas y estos jardines
le viste, acaso, zagala mía,
a los albores del claro día?...

¿Y no le viste cuando de noche

cierran las flores su fresco broche?...

¿No viste al hijo que mi alma adora?

—¿Un niño rubio como la aurora?

—Sí, cual la aurora.

—Vile de lejos,

del sol poniente con los reflejos,

bello, tan bello como estas flores.

—Ese es el ángel de mis amores.

¿Dó va, zagala?

—¡Ah, quién lo sabe!

Su voz serena, dulce y suave,

y sus sollozos y sus sonrisas,

eran cual eco de auras y brisas.

—¡Pero mi hijo! ¿Dó va mi hijo?

—Por los vergeles puedes, de fijo,

ver las mejillas del tierno niño

en azucenas como el armiño,

y en los jazmines... y sus cabellos

en la alborada y en sus destellos.

—¡Ah, pero el alma del hijo mío!

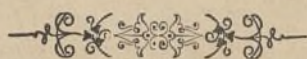
clamó la madre.—Calló Belisa,

y suspirando como la brisa,

miró al estanque con desconsuelo...

luego a la madre... despues... ¡al cielo!

NICOLÁS TABOADA



Nuestro grabado de hoy es copia del busto modelado por el joven escultor D. Ricardo Bellver, pensionado en Roma, y debe considerarse como retrato verídico del insigne guerrero, por haber sido tomado con escrupulosa exactitud de un vaciado en yeso de la estatua que labró en madera el exclarecido arquitecto y artista burgalés Diego de Siloe, a presencia y por encargo de la duquesa de Sessa, esposa del Gran Capitán.

Hé aquí ahora su biografía:

EL GRAN CAPITAN

España ha sido en todos los tiempos teatro de las más sublimes epopeyas, cuna de los héroes de más universal nombradía.

No es la pasión del patriotismo la que oscurece nuestra mente al afirmar que en este suelo bendito ha jugado muchas veces la humanidad el porvenir del mundo que habita.

Griegos y fenicios, cartagineses y romanos se dieron cita un día en la noble Hesperia para ventilar cuestiones trascendentales.

Y del horrísono fragor de la pelea, surgieron géminos de las batallas como Indivil y Mandonio, denodados guerrilleros, como Viriato y los defensores de Numancia.

Llegó un día, fausto tal vez, acaso nefasto y luctuoso, que vió ondear, desde Pirene hasta Gades, desde Luso hasta Edetania, el pabellón victorioso de los hijos del Tiber.

España fué su esclava, y lloró en servidumbre hasta el momento en que unos hombres, valerosos por naturaleza, invasores por conveniencia, políticos por temperamento, plantaron su estandarte en las riberas del Ebro y en las feraces campiñas del Tajo.

Aquel día los godos hallaron su patria adoptiva, y confundidos con los indígenas en el estrecho abrazo que se dan los pueblos cuando un mismo Código los rige y una creencia idéntica los anima, creyeron haber adquirido para siempre el título de españoles, cuando una nube gigantesca que cubría el cielo y sumía en la oscuridad gran parte de la tierra, vino a despertarlos del sueño de sus victorias.

Y otro pueblo, fanático por tradición y esforzado por consigna, arrebató a los hijos de Gotland el fruto de sus afanes.

La Península ibérica gimió en desolación nuevamente bajo el yugo de los hijos del Profeta.

Pero un caudillo español supo vencer en Covadonga y echar los cimientos de la nacionalidad que hoy nos caracteriza.

Y aquella sublime empresa, comenzada en lo más inextricable de las montañas de Astúrias, y fenecida en los bellos cármenes de la vega de Granada, fué llevada a cabo por miríadas de héroes.

Pelayo es el genio de la guerra, que brota espontáneo en las orillas del Auseba; las márgenes frondosas del Genil vieron surgir también otro genio de los combates: el Gran Capitán.

El 16 de Marzo de 1453 nació en Montilla, importante ciudad del reino de Córdoba, Gonzalo Fernández de Aguilar, conocido en la Historia por Gonzalo de Córdoba.

Noble era su alcurnia; pero, siendo el menor de los hermanos, no tenía derecho a los bienes paternos, y sólo le quedaba el recurso de abrirse paso por sí mismo con la punta de la espada para llegar al templo de la fortuna.

Así es que ya en los tiempos de Enrique IV se le ve emprender su carrera militar, tomando parte en la célebre guerra de la Beltraneja.

Entusiasta por su reina legítima, la excelsa Isabel I, Gonzalo combatió denodadamente por sus derechos al Trono de Castilla contra las ambiciosas pretensiones del rey de Portugal.

Pero la corona de gloria que los anales de nuestra patria ciñen a Gonzalo, comenzó a tejerse de una manera más sólida en la guerra de Granada.

Eran los últimos meses del año 1491. Aquella mansión de delicias fabricada por el Nazarita; aquella incomparable Alhambra, harén de tanta hermosura, testigo de tantas zambras, estaba oscura y silenciosa.

Los súbditos de Boabdil no se entregaban al placer en los jardines del Generalife.

Habían llegado los últimos instantes de la dominación sarracena. La media luna se oscurecía para siempre en un cielo sin nubes, en que aparecía resplandeciente el santo lábaro de Constantino.

Se trataba de capitular con los sitiadores. Gonzalo de Córdoba, militar esforzado, atrevido cual ninguno, fué el designado por Fernando é Isabel para entrar de secreto en Granada a negociar con el *mexuar* del rey Chico.

A él se deben los términos de la capitulación de Granada. Su nombre aparece desde entonces siempre unido con una aureola de gloria a la página de la Historia, en que con letras de oro está grabada la fecha de DOS DE ENERO DE MIL CUATROCIENTOS NOVENTA Y DOS.

El rey Fernando V, esposo de Isabel la Católica, era un gran político y un consumado diplomático.

Su ojo observador no se engañaba; conocía demasiado a los que le rodeaban, aún cuando sólo los hubiese visto una vez.

Los asuntos de Italia se complicaban de día en día. Fernando no podía consentir en modo alguno que se sentase en el trono de Nápoles el rey Carlos VIII de Francia, en perjuicio de sus derechos. Los franceses, sin embargo, se apoderaron de casi toda la parte meridional de la Italia, y entonces el esposo de Isabel pensó enviar allí un ejército y un caudillo. Este fué Gonzalo de Córdoba.

Parte a Italia, no con un ejército, sino con un puñado de hombres; gana las batallas de Cerignola y del Garigliano; asalta a Gaeta, rinde a Terranova, Tropea, Baguara, Nicastro, Melito y Fiumar; entra en Atella, donde el ejército de Fernando II le proclama *Gran Capitán*; hácese dueño de las dos Calabrias; obtiene del Sumo Pontífice la *Rosa de oro*; entra en Nápoles, y despues de haber vencido muchas veces los ejércitos más aguerridos de Europa, coloca la corona napolitana en las sienes de Fernando el Católico.

No es la gratitud la cualidad que más distingue a los monarcas; esta virtud preclara parece que no está en su centro cuando tiene que cobijarse bajo el purpúreo manto de los soberanos.

Fernando V fué ingrato en demasía con el heroico caudillo; bien es verdad que todos los grandes hombres han tenido que sufrir golpes y reveses de espíritus inferiores que no han podido tolerar con paciencia la superioridad de aquellos.

Gonzalo de Córdoba tuvo muchos enemigos; únicamente su gloria fué la causa del odio que contra él hirvió en algunos pechos innobles.

Con unos pocos hombres hambrientos y desnudos fué a Italia; con ellos conquistó rápidamente los in-



BELLAS ARTES



BUSTO MODELADO POR D. RICARDO BELLVER, PENSIONADO EN ROMA

(COPIA DE LA ESTÁTUA LABRADA EN MADERA POR DIEGO DE SILOE)

menos territorios de las Dos Sicilias, sin recibir apenas refuerzo alguno de la metrópoli; con ellos se hizo dueño de Nápoles y arrojó a los franceses al otro lado de los Alpes, y sin embargo, aquel mismo hombre que lo envió tan solo, sin viveres ni dinero, á sostenerse de milagro durante toda la campaña, pedíale más tarde cuentas estrechas de la inversion que habia dado á los caudales públicos durante el tiempo de su mando.

Era que los intrigantes envidiosos rodeaban al rey y no cesaban de imaginar medios de perder al gran Gonzalo.

Este, indignado por la terrible acusacion que envolvía el hecho de pedirle cuentas, quiso dar una severa leccion á sus enemigos; presentólas en efecto al rey, pero incluyendo partidas tan abultadas que demostrasen claramente su deseo de hacer ver lo ridículo de pedir cuentas á quien no habian facilitado recurso alguno.

Hélas aquí:

«Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas españolas.

Cien millones en picos, palas y azadones.

Cien mil ducados en pólvora y balas.

Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar á las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos heridos en el campo de batalla.

Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

Cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas un día de combate.

Millon y medio de idem para mantener prisioneros y heridos.

Un millon en misas de gracias y *Te Deum* al Todopoderoso.

Tres millones de sufragios por los muertos.

Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.

Y cien millones ayer por mi paciencia en escuchar que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.»

Confuso y humillado quedó el rey al recibir esta elocuente leccion, pero la animosidad que sentia hacia Gonzalo subió mucho más de punto desde aquella ocasion.

..

El día 2 de Diciembre de 1515 murió el duque de Sessa y de Terranova, el Noble de Venecia, Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Sus hechos inmortales ocupan las más bellas páginas de la Historia.

España puede con justicia enorgullecerse de haber producido aquel génio de las batallas, precisamente cuando terminaba la era gloriosa de la Reconquista.

Gonzalo de Córdoba es un nombre que con júbilo resuena en nuestros oídos; sus empresas fueron las primeras que enseñaron á Europa que en el inmenso territorio que se extiende desde los Pirineos á Gibraltar, nacieran hombres capaces de conquistar el mundo entero, sufriendo privaciones sin cuento, sin más armas que el desnudo en el corazon y las creencias arraigadas en el alma.

Y mucho más debemos vanagloriarnos de Gonzalo de Córdoba, cuanto que extranjeros y enemigos, en su mayor parte, fueron los que le dieron el sobrenombre de Gran Capitan.

Al recordar sus hazañas, el patriótico amor hacia la tierra en que hemos nacido embarga nuestro ánimo, y un grito se escapa de nuestro pecho:

¡Gloria á los héroes!

JOSÉ MARÍA MEDINA

PLEGARIA

¡Señor! Señor bendito,
ante cuya mirada omnipotente
el espacio infinito
inúndase de luz resplandeciente.

¡Amor de todo amor! ¡Dulce esperanza
del pecador que llora!

Santo faro de dicha y de bonanza
del que tu gracia implora.

No apartes, Dios clemente,
tu presencia de mí, oye mi llanto,
y siempre reverente

mirame bendecir tu nombre santo.

Tu espíritu derrama,
eterno Dios, en mí; tu lumbré pura

que el corazon inflama,
todo mi ser circunde de ventura.

Si, ven al alma mía,

espíritu de Dios reverenciado,

que férvido en tí fia

mi pobre corazon atribulado.

MANUEL LAZO HURTADO



COLIN

CUENTO

(Conclusion)

Llevarian andado algo más de una legua en el mayor silencio, y siempre el perro delante, sirviéndoles de guia, cuando este se adelantó de repente y volvió enseguida hacia el grupo, ladrando entre furioso y acobardado.

Cristóbal, que sabia interpretar todas las emociones del animal, no se podia explicar el furor y la cobardía á un tiempo de Colin; pero dijo á los guardias:

—Alguien llevamos delante.

Efectivamente: hasta aquel sitio habian caminado por entre olivos, y desde estos á un monte donde el perro los conducía, mediaba un raso claro, por donde no podia transitar nadie sin ser visto á la claridad de la luna.

Los seis expedicionarios y el perro hicieron alto un momento, y á cien varas sobre la derecha de la direccion que llevaban observaron un hombre que con ajigantados pasos, procuraba ganar la espesura del monte antes que ellos.

—¡Alto á la Guardia civil ó hacemos fuego! gritó el cabo.

El hombre se quedó parado un momento, y despues, torciendo á la izquierda, tomó la direccion hacia el sitio donde le habian dado el alto, hasta incorporarse al grupo de Cristóbal y los guardias.

—¿Quién es Vd. y á dónde va por fuera de camino á estas horas?

—Soy, contestó el recién llegado, un leñador que desde ese pueblo cercano voy á ese monte, y quiero que me amanezca en él para empezar mi trabajo desde el alba.

El hombre que así se expresaba era corpulento y fornido; llevaba vendada la cara, vestía el traje de un jornalero: con el ceñidor ó faja sujetaba un hacha de regulares dimensiones.

Desde que aquel hombre se habia incorporado á la comitiva guiada por Colin, es imposible pintar la rabia y sobreexcitacion de este animal, costando á Cristóbal gran trabajo contenerle para que no se arrojava sobre él.

Tal furia en un perro tan cariñoso é inofensivo, hizo que el criado dijese cuatro palabras al oído del cabo, y este entonces, dirigiéndose al leñador:

—Amigo mio, le dijo, va Vd. á acompañarnos; y le prevengo que al menor conato de su parte para separarse de nosotros, le mandamos al cuerpo cinco balas.

El leñador rugió como un lobo cogido en el cepo; pero dos guardias se encargaron de custodiarle á retaguardia del grupo, y Colin, aunque furioso y mirando atrás, siguió guiando la caravana por medio del bosque.

Al llegar á un terreno montuoso y accidentado de peñascos y grandes matorrales, el perro se detuvo de repente delante de un monstruoso zarzal y mirando á este con la cabeza levantada y aspirando el viento con vertiginosa codicia, dando un aullido de emocion y de placer, desapareció tras el zarzon.

—¡Aquí está mi Cándido! exclamó el fiel Cristóbal, tan loco de alegría como el perro; y siguiendo los pasos de éste, pronto vió la negra entrada de una caverna oculta con el gran matorral que tenia delante.

Inmediatamente le siguieron el cabo y dos guardias (los otros quedaron fuera custodiando al leñador), y para vencer la oscuridad de la cueva encendieron algunos fósforos.

Aquel antro de forma irregular, con paredes ennegrecidas por el humo de hogueras anteriores, no daba señales de estar en la actualidad habitado por nadie; pero merced á los resplandores de un gran fuego que los guardias encendieron con ramas secas que habia en la cueva, vieron á Colin escarvar con furia al pie de una gran peña sobrepuesta en el fondo de la caverna.

Cristóbal, que adivinaba todas las impresiones del instintivo animal, dijo á sus compañeros:

—¡Esa piedra nos separa de mi Cándido!

Y rápido como una flecha salió de la cueva, rodeó el matorral, y acercándose al leñador, le arrancó el hacha de la faja, con la que en breves instantes abatió al suelo un árbol próximo y le despojó de las ramas, quedándose con el tronco hecho una fuerte palanca. Volvió á penetrar con ella en la caverna, y aplicándola entre el suelo y la base de la piedra que Colin queria retirar, á un violento impulso de él y de los Guardias, la piedra se separó de costado, dejando ver la entrada de otra segunda cueva obstruida hasta entonces por aquel enorme peñon.

Colin se precipitó por la abertura, siguiéndole Cristóbal y los guardias, provistos de manojos de paja encendida, que á prevencion llevaban para disipar la oscuridad de aquella mazmorra.

A la rojiza claridad de la llama vieron al pobre niño acostado sobre un monton de hojas medio podridas, inmóvil é insensible á las frenéticas caricias de su perro.

Medio loco de alegría y lleno de zozobra por la inmovilidad de Cándido, Cristóbal le cogió en sus fornidos brazos, y apretándole dulcemente sobre su corazon, le sacó á la pieza exterior de la cueva, donde aproximándole los pies á la lumbré y comunicándole en las manos el calor convulsivo que en las suyas tenía el apasionado doméstico, pronto logró que el niño abriese dulcemente los ojos, recobrando despues poco á poco su perdido conocimiento, que el terror, la frialdad de la cueva y falta de alimento en más de veinticuatro horas le habian hecho perder.

La frenética alegría de Cristóbal al ver reponerse completamente á su Cándido, solo era comparable á la de Colin, que lamía las manos y la cara de su amo, exhalando unos á manera de suspiros, que tanto participaban de alegría como de dolor. De repente, el pobre animalito cayó al suelo desplomado y arrojando sangre por boca y narices.

Cándido, vuelto completamente á la vida, no se apercibió por fortuna del accidente del perro, escuchando la relacion que Cristóbal le hacía, de que sólo por el instinto y el cariño de Colin habian podido encontrarle y que por consiguiente, á este animal le debía la vida.

Al oír esto Cándido, que su pequeño Colin habia sido su salvador, echó de menos sus caricias y preguntó por él.

Aquí le tiene V. contestó uno de los Guardias levantándole del suelo y poniéndole sobre las rodillas: sin duda, añadió, la fatiga y las grandes emociones que el animal ha tenido esta noche le han prostrado hasta el punto que parece estar enfermo: pero se le pasará. Y al dirigir estas palabras de consuelo al niño rescatado, el buen Guardia contenía una lágrima pronta a resbalar por su tostada mejilla, pues había visto la sangre arrojada por Colin y comprendido que su vida era corta, toda vez que se hallaba reventado.

Entre tanto que Cándido abrazaba y besaba en el hocico a su libertador, y que este le correspondía con sus halagos, aunque débilmente por la postración, los Guardias habilitaron otra palanca igual a la que les había servido para voltear la piedra, y con estos dos troncos y dos capotes improvisaron una cómoda camilla, para conducir al niño hasta su casa.

Cristóbal quería a todo trance llevar en brazos a su querido Cándido, pero los Guardias le hicieron presente que en más de dos leguas que tenían que andar, el niño iría con menos molestia en la camilla, y esta fue la única razón que le pudo convencer a que desistiera de su empeño.

Salieron de la cueva, rodearon el matorral y uniéndose al leñador y a los dos Guardias que le custodiaban, Cristóbal colocó a Cándido sobre la improvisada camilla, donde a súplica de este pusieron también al pobre Colin, que no podía dar un paso.

Los dos Guardias que no habían penetrado en la caverna, después de enterados del buen éxito de la expedición, cargaron llenos de alegría con la camilla; el Cabo cubrió con su capote al niño y al perro, para que el frío de la noche no los molestara, y la marcha se emprendió hacia el cortijo, con Cristóbal a un lado de Cándido, el Cabo al otro, y cerrando la comitiva los dos guardias con el leñador.

Momentos antes de que sonriese la tierra con las primeras caricias del sol, la caravana llegó a la vista del cortijo. La madre de Cándido, que toda la noche había estado orando y llorando por su hijo, asomaba su ardiente cabeza a una ventana para refrescarla, cuando vio el grupo y la alegría que rebotaba en el semblante de su fiel criado Cristóbal.

Su corazón de madre la hizo comprender que aquel hombre la devolvía su hijo, y pálida y temblorosa, pero llena de fe y de esperanza, se precipitó a la escalera y llegó a la puerta de la casa en el momento que paraban en ella los viajeros.

Sin pronunciar una palabra, sin exhalar un grito, con mano convulsa, levantó el capote que cubría la camilla, y el hermoso rostro infantil de su hijo, aquel hechicero y querido rostro que ya había creído no besar más, se apareció a su vista, pálido sí, pero risueño y encantador, demandando sus caricias maternas.

La escena que siguió a este acontecimiento no es para describirla.

Instintivamente, y solo por el respeto que merecen a toda persona honrada, así los grandes dolores como las grandes satisfacciones de una madre, los guardias y Cristóbal se descubrieron con una mano, mientras con el reverso de la otra se enjugaban las lágrimas que corrían por sus mejillas varoniles.

Para que nada faltase a cuadro tan conmovedor, en aquel momento dobló la esquina de la casa y se paró ante tal escena un jinete que, sin preguntar ni oír nada de lo que pasaba, se arrojó del caballo, y medio sofocado de emo-

ción, se abrazó al niño y a la madre, exclamando:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Me habeis devuelto mi hijo!

Ya se habrá comprendido que este era el padre de Cándido. Llegado a Córdoba, había empeñado toda su fortuna para reunir, como lo consiguió, los quince mil duros, precio de la sangre de su hijo, y volvía con esta cantidad en oro, para ir a depositarla inmediatamente en el sitio que le designaba la carta.

Pasados los primeros trasportes de alegría y júbilo entre aquella familia, poco antes tan desdichada, y los espectadores de tanta felicidad, todos se fijaron en el pequeño Colin, que con la cabeza sobre el pecho del niño, solo había tenido aliento para fijar su mirada, tierna, alegre y expresiva sobre Cándido y sus padres.

Antes de que estos pudiesen interrogar a su hijo sobre la presencia y estado del animal, Cándido cogió a este en sus brazos, le besó repetidas veces en su pequeña boca, y dirigiéndose a sus padres les dijo:

—Este pobre perro tan feo en su figura como hermoso, noble y agradecido en su instinto, es el que me paga la deuda de haberle salvado a él, devolviéndome a mis padres.

—Y entregando su vida por tí, por tus padres, por mí y por todos los que te amamos, exclamó Cristóbal, mezclándose al grupo y juntando su cabeza con la de Cándido, para poder también besar al animal al mismo tiempo que el niño.

Como si Colin solo aguardara esta última prueba de reconocimiento de Cristóbal, le miró dulcemente con sus ojos ya vidriosos, después los dirigió a su querido amigo Cándido, y recorriendo todo su cuerpo un estremecimiento convulsivo, fija la vista en su salvador, dejó de existir.

—¡Mi Colin ha muerto! ¡Y en este momento de felicidad debido a él! exclamó Cándido, prorrumpiendo en copioso llanto: ¿Qué es esto, querido Cristóbal?

—Esto es, contestó Cristóbal, también derramando lágrimas, que este animalito estaba reventado desde el día que volvió a casa después que tú desapareciste; y que si ha podido andar hasta conducirnos donde estabas, quizá condeado a muerte, solo ha sido guiado por su abnegación y por su instinto, que le decía: ¡Muere tú, pero salva a tu protector!

—¡Ah! ahora lo comprendo todo, dijo Cándido: aquel mal hombre que me robó le tiró fuertemente contra el suelo cuando se vio mordido en el rostro por mi valiente Colin. ¡Pobrecito mío!

Un rayo de luz penetró en la mente del Cabo al oír las últimas palabras de Cándido. Su mirada se dirigió hacia un poyo donde estaba sentado el leñador, que hasta entonces había estado impassible al parecer, fumando un cigarro. Sin hablar palabra el graduado guardia se dirigió a este hombre, y haciéndole levantar le colocó frente al niño: en seguida, con un movimiento rápido e imprevisto, le arrancó la venda que cubría su rostro.

—¡Mire Vd. a ese hombre!

El niño miró al leñador y...

—¡Oh! exclamó tapándose la cara con las manos: ¡El secuestrador! ¡El asesino de mi perro!

.....

Un mes después de estos acontecimientos, Cándido y su familia regresaban a Córdoba. El inanimado cuerpo del fiel Colin había sido embalsamado a toda costa y encerrado en una urna de bronce, colocado debajo de un fanal, don-

de se conserva y aprecia como una reliquia, por Cándido, sus padres y el Sr. Cristóbal, que ya es mayordomo de la casa.

En cuanto al fingido leñador, conducido a Córdoba por los beneméritos civiles, fue entregado a los tribunales, que llegaron a probar era el más temible jefe de los secuestradores de la provincia, por su sagacidad, por su fuerza y la dureza de su corazón.

Este bandido descubrió a otros muchos que componían una gran banda de forajidos, y todos fueron castigados con el rigor de la ley.

Antes de que sufriera el leñador su ejemplar castigo, confesó que en el golpe de mano intentado contra Cándido, solo él había intervenido con objeto de no dar a sus compañeros participación alguna, y que, acechando el cortijo, se apercibió del grupo compuesto de Cristóbal y los civiles, y una vez cerciorado de que se dirigían a la cueva, trató de adelantarlos con ánimo de trasladar al *chico* a otra parte, pero que el *maldito perro* le había olfateado y entregado en poder de la Guardia civil.

CAYETANO COLLADO

RIMAS

CONTRA IRA, PACIENCIA

En uno de esos momentos
en que el corazón delira
dulcemente,
víctima de una ilusión,
intenté pulsar mi lira,
buscando en la inspiración
grato solaz a mi mente.

En vano arrancar quería
a sus cuerdas un acento
melodioso
con tenaz y loco empeño;
horas pasaran sin cuento
si no me embargara un sueño
de contraste misterioso.

Vi cruzar ante mi vista
un hombre de aspecto fiero,
que blandía
un homicida puñal
de no mal templado acero,
cuya brillantez tenía
de sangre mancha fatal.

Sus facciones contraídas
acusaban sed rabiosa
de venganza:
estaba de furor ciego;
como volcán que rebosa,
sus ojos vertían fuego
con desusada pujanza.

Asquerosas maldiciones
de su boca bomitaba,
con desdoro
del venerable pudor;
ni al mismo Dios perdonaba,
ni al riquísimo tesoro
que nos legara su amor.

Tras él con férreas cadenas
amarrados fuertemente,
desfilaban
hombres de todas las clases
en número sorprendente;
también vomitaban frases
que mi pudor lastimaron.

Pasó después un tropel
de hombres, mujeres y niños,
¡ay! llorando
con el mayor desconsuelo:
cuál demandaba cariños,

cuál suspiraba, clavando
sus miradas en el cielo.

Pero todos maldecían
con desmedido furor
de aquel hombre
del homicida puñal,
que insultaba su dolor
con una risa infernal,
con un descaro sin nombre.

Yo sin tregua meditaba
en mi vision peregrina,
intentando
su sentido descifrar:
cuando otra vision divina
mi atencion vine á turbar,
de placer mi alma embriagando.

Sobre dorada carroza
una matrona venia
de semblante
risueño como la aurora,
aunque marcada tenia
en él la huella traidora
de un sufrimiento constante.

Cien bellísimas doncellas,
que pulsaban arpas de oro,
con primor,
publicaban los loores
de aquella matrona, á coro;
otras esparcian flores,
fragantes, como el candor.

Detrás, cerrando el cortejo,
desfiló una multitud,
cuyas palmas
publicaban la victoria
de una preciosa virtud,
porque era mucho notoria
la pureza de su alma.

En profundas reflexiones
quedé sumido, no hallando
solucion
á mi vision misteriosa;
Y aún siguiera meditando,
si mi musa cariñosa
no me hubiera compasion.

«El hombre, dijo, que fiero
sangriento puñal blandía,
es la ira,
con sus víctimas en pos;
la matrona que seguía
es la paciencia, á quien Dios
nunca su gracia retira.»

Fuése, lectores, mi musa;
y de ella en pos fué mi sueño,
cuya esencia
os he contado fielmente.
Si no he llenado mi empeño,
creer podeis firmemente,
Que *Contra ira, paciencia.*

ANDRÉS CASADO.

LA INCUBACION ARTIFICIAL

Son muy variados los modos de reproducirse los animales; pero comunmente se reproducen por huevos. En cada huevo existe un animal en embrion, en miniatura, como en cada semilla existe una planta. Colóquese el huevo ó la semilla en condiciones apropiadas, y se desarrolla el nuevo ser. ¡Maravilloso fenómeno, y bien digno de llamar la atencion de los aficionados á la biología!

Hay en el centro del huevo una pequeñísima mancha, que se llama *vesícula germinativa*, en donde reside la materia que al principio constituye el futuro animal, y por la accion de una determinada temperatura comienza el desarrollo del nuevo ser, contenido en una bolsa llamada *amnios*. Mientras el anima-

está en el huevo, se alimenta de la *esfera vitelina* (yema) y de la *esfera albuminosa* (clara) y respira el aire contenido en la *cámara aérea*, situada entre la albuminosa y la cáscara en la base del huevo.

Algunas aves, como el africano avestruz, sabiendo por instinto que lo único que sus hijuelos necesitan para desarrollarse es calor, no se posan sobre los huevos, sino que los confían al cuidado del sol, colocándolos entre la ardiente arena.

Y el hombre, comprendiendo como el ave, que una vez puesto el huevo para nada necesita la madre que lo puso, ha llegado ha crear una verdadera industria, aplicada especialmente á la propagacion de las aves de corral.

Y no es nueva esta industria, no. Ya los antiguos egipcios idearon sus célebres *mamals*, aparatos en donde colocaban los huevos, y cuya temperatura elevaban suavemente con hornos apropiados. En épocas modernas se han inventado aparatos *hidro-incubadores*, que vienen á consistir en una caja dentro de la cual hay un cajon en donde se colocan los huevos, un depósito de agua que puede calentarse con una lamparilla, y un termómetro para conocer la temperatura del recinto, á fin de mantenerla á 40 ó 42 grados, que son los que la clueta proporciona.

Los cuidados que los huevos exigen no son muchos, pero son exquisitos; manejando el hidro-incubador con delicadeza, se obtienen pollos á los veintinueve dias; de otro modo, en vez de los huevos empollados, pueden resultar huevos cocidos.

En cuanto salen los polluelos, se les debe tener entre cristales, durante una semana, para preservarlos de varios peligros, tales como el frio, picotazos, etc., alimentándolos además cuidadosamente, y luego se les puede cebar en aparatos propios para el caso, de tal manera, que en muy pocos dias se desarrollan en términos de ponerse en disposicion de servir de excelente alimento para satisfacer las egoistas necesidades humanas.

M. SANCHEZ BRUIL.

¡CERVANTES!—¡CAMOENS!

SONETO

¡Camoens!... ¡Cervantes!... ¡nombres inmortales,
de sus patrias emblemáticos!... sobrehumanos;
dos géneos sin ventura; dos hermanos
en letras, armas, infortunio y males.

Hoy les alzan estatuas colosales
portugueses á par de castellanos,
eternas en los siglos, porque, vanos,
dos grandes pueblos son sus pedestales.

Grandezas sin igual tiene la Historia
del luso y del hispano en todas eras
que abrumen con orgullo la memoria;
tan grandes son, empero, éstas lumbreras,
que Camoens y Cervantes, más que gloria,
son ya la patria misma y son banderas!

ALFONSO E. OLLERO

CRÓNICA

Nuestro estimado amigo y redactor en jefe de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, el conocido escritor D. Vicente D. Bordanova, está imprimiendo una leyenda dedicada al Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros, con cuyo señor le unen lazos estrechos de amistad y gratitud.

Ofrecemos para en su día una reseña imparcial de este nuevo libro, á nuestros lectores, del cual auguramos bien, anticipadamente, dada la reputacion literaria de su autor.

Hemos examinado las obras suntuosas del gusto moderno que bajo la direccion del celebrado arquitecto Sr. Villajos, se ejecutan en el nuevo circo-teatro que levanta Mr. Parihs, en el solar que el señor conde de Polentinos posee en la Plaza del Rey.

La solidez y la belleza del arte hacen un conjunto digno de detenido estudio: allí no se omite sacrificio ni se presenta á los ojos del más exigente, un solo detalle que desmerezca del pensamiento de sus autores. Bien es verdad que el Sr. Parihs conoce como ninguno, las necesidades que reclaman esta clase de locales para los espectáculos á que se destinan, y el Sr. Villajos tiene hecha una merecida reputacion en el arte.

El nuevo circo, que ofrecerá en la temporada de verano los juegos hípicas y otros similares de los que

dirige y representa el acreditado empresario Mr. Parihs, y en el que en el invierno funcionará una compañía de canto ó verso, será, y esto no cabe ponerlo en duda, el mejor de los coliseos de Europa destinado á estos dobles espectáculos, por su forma y solidez, por su elegancia y comodidad, por su extension y condiciones acústicas, á juzgar por los planos del Sr. Villajos y la esmerada y severa práctica de los maestros encargados de la ejecucion.

El circo será una inmensa mole de fábrica y hierro, coronada por un abanico del mismo metal, que se plegará convenientemente para renovar la atmósfera.

Y basta por hoy, puesto que al darse por terminadas las obras, que segun suponemos será en el próximo Setiembre, nos ocuparemos detenidamente de hacer una reseña descriptiva de la forma, bondad y condiciones del edificio.

El número de huesos que tiene el esqueleto humano es 246, 63 de los cuales están en la cabeza y la cara, 24 en las costillas, 16 en las muñecas, 14 en los tobillos y 108 en los pies, y en las manos, contando cada uno de éstos, 27. El corazon tiene seis pulgadas de largo y cuatro de diámetro; palpita 70 veces por minuto, 1.200 veces por hora, 100.800 durante el día, 36.792.000 al año, y en cada latido lanza 2 1/2 onzas de sangre, 175 onzas por minuto, 656 libras por hora y 7 1/2 toneladas al día: toda la sangre del cuerpo pasa á través del corazon en tres minutos. La piel se compone de tres capas y varia desde un cuarto á un octavo de espesor; cada pulgada cuadrada contiene 3.500 poros para dar salida al sudor, que pueden compararse á pequeños tubos de drenaje de un cuarto de pulgada de largo, que forman una longitud en toda la superficie del cuerpo de 201.166 pies, ó una pequeña zanja para desaguar el cuerpo de una extension de 40 millas.

Descubrimiento importante.—El doctor Tscharmer, de Gratz, acaba de descubrir que se desarrolla en la corteza de las naranjas y de las manzanas un hongo, que es enteramente semejante al que forman los gérmenes de la infeccion en el garrotillo.

Cuando se conserva en algun sitio cerrado naranjas ó manzanas, se advierte sobre el epicarpio pequeñas manchas moreno-oscuros ó negras, que rascándolas se asemejan á un polvo húmedo. Se reconoce con el microscopio que este polvo está formado de esporos en un hongo inferior, idéntico al que produce el garrotillo. Habiendo separado el doctor Tscharmer dos de estas pequeñas manchas de la corteza de la naranja, las introdujo en sus pulmones por medio de una fuerte aspiracion. Al día siguiente sintió una especie de cosquilla en la garganta, desarrollándose á los pocos dias el garrotillo.

Conveniente será, por lo tanto, impedir que los niños coman las manzanas sin pelar, lo mismo que las naranjas.

SOLUCION

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

CALVO

CHARADA

Primera, repetida, nombre apelativo de mujer.
Primera y tercera, nombre apelativo de mujer.
Tercera, repetida, nombre apelativo de mujer.
Tercera y prima, nombre apelativo de mujer.
Segunda y primera, nombre apelativo de mujer.
Segunda y tercera, nombre apelativo de mujer.
El todo, nombre apelativo de mujer.

ADVERTENCIA

Con el presente número de nuestra Revista se acompaña una bonita decoracion de jardin para el teatro mecánico que venimos publicando como regalo á nuestros suscritores.

Rogamos á nuestros constantes favorecedores se sirvan renovar la suscripcion que terminan en fin del corriente mes, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números.

R. Velasco, impresor, Rubio. 20